

El relato de los hechos (íntimos)

Marcelo Méndez
Universidad de Buenos Aires

Resumen:

En algunas de sus manifestaciones en la literatura argentina actual el giro subjetivo se ha transformado en un verdadero trompo subjetivo, al punto que los escritores dirimen sus divorcios en las páginas de sus libros. El comentario apunta especialmente a *Derrumbe* de Daniel Guebel y *Era el cielo* de Sergio Bizzio, textos incluidos por Alberto Giordano entre las novedosas “escrituras del yo”, que narran la descomposición de las parejas de sus autores y la consiguiente separación. Se trata de textos desafiantes para la crítica. La presentación es ficcional, pero casi todos los hechos narrados han ocurrido. La ponencia pretende avanzar sobre las razones que explicarían el surgimiento de estas “escrituras del yo” y para que sus intentos no se topen inexorablemente con un estatuto ficcional que conviene respetar, propone como hipótesis que estos textos se analicen allá donde la literatura y la sociedad se intersectan.

Palabras clave:

Giro subjetivo-“escrituras del yo”-ficción-realidad-imaginación

En algunas de sus manifestaciones en la literatura argentina actual el giro subjetivo, ese proceso propio de las últimas décadas por el que el yo se sacude el peso de las estructuras y resurge, se ha transformado en un verdadero trompo subjetivo, al punto que los escritores dirimen sus divorcios en las páginas de sus libros. El comentario apunta especialmente a *Derrumbe* de Daniel Guebel y *Era el cielo* de Sergio Bizzio, que narran la descomposición de las parejas de sus autores y la consiguiente separación. Se trata de textos desafiantes para la crítica. La presentación es ficcional, formalmente son novelas, pero casi todos los hechos narrados han ocurrido. Alguna vez la literatura argentina tuvo que obrar en forma bien distinta: como se sabe, Rodolfo Walsh inventó un género no ficcional para narrar terribles hechos históricos (hoy José Eliashev, un caso para vincular a los primeros, utiliza los procedimientos de la investigación periodística para narrar su propia vida). Como sea, y volviendo a las novelas de Guebel y Bizzio, la manera peculiar con que se zambullen en el giro subjetivo invita al análisis.

En *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*, uno de los dos libros de Alberto Giordano que resultaron de gran ayuda a la hora de pensar este trabajo (el otro, claro, es *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*), Giordano denomina a los textos recién mencionados y a *Historia del llanto* de Alan Pauls, “escrituras del yo” y – no sin cierta pena– los separa de los de corte más formalmente autobiográfico que terminan constituyendo su exclusivo objeto de estudio.

Un juicio breve e irrefutable de Beatriz Sarlo contribuyó a que tomara esa decisión: “las escrituras del yo” reclaman “una lectura que atienda a su estatuto ficcional, diferente por naturaleza de la `pretensión de verdad` que identifica a los textos que sí participan del giro autobiográfico” (Giordano 2008: 8).

De acuerdo. Tanto *Derrumbe*, como *Era el cielo* participan –se dijo más arriba– de ese estatuto ficcional. Semejante obstáculo formal representa un gran problema para toda crítica que pretenda abordar la relación forma/contenido en esos textos y posiblemente lleve a este trabajo a en(callar) contra él. Pese a todo, es oportuno recordar que cuando los estudiantes llegaban a sus clases erigidos en férreos defensores de la autonomía del texto literario, Sarlo se encargaba de decir que “si conocemos cuestiones biográficas que operan en el texto y desestimamos ese conocimiento, nos estamos haciendo los tontos”. Una frase muy distinta de la otra, que bien puede considerarse su complemento.

Los textos citados abundan en ese tipo de cuestiones biográficas, un hecho que desborda los formalismos y conduce a formular la siguiente hipótesis: “las escrituras del yo” no deben trabajarse solamente desde lo intraliterario, donde su naturaleza ficcional efectivamente impide todo análisis de sus condiciones de producción por fuera de lo formal, sino también en el siempre activo vínculo entre literatura y sociedad. Así, hasta la elección del estatuto ficcional puede ser problematizada. Se trata, al fin de cuentas, de textos que surgen en el seno de lo social, o en esa variante íntima de lo social que es lo familiar, y que sólo después son trabajados con procedimientos de la ficción.

Un primer punto que explicita este fuerte nexo con lo social: Giordano observa como los poco más de diez años que separan *Wasabi* de *Historia del llanto* hacen que el carácter nítidamente autobiográfico de la primera de estas novelas de Pauls no haya tenido en su momento repercusión alguna mientras que en la segunda ese rasgo puede “ser recibido y celebrado como otra espectacular *performance* intimista, honesta, auténtica, hasta valiente” (Giordano 2008: 8). Se sabe que las damnificadas por los textos de Guebel y Bizzio no los calificarían así, pero eso parece señalar el éxito de la operación: se saca un conflicto real de su ámbito privado y —ya en un campo controlado por la ficción— se enfrenta a una de las partes con un lectorado que ha tomado partido por la otra. Son novelas que se les brindan a los lectores y se les infligen a quienes están detrás de algunos personajes. Son, en suma, un ejercicio de poder. La constelación de “escrituras del yo” ha tomado forma y los autores la tienen presente en su literatura. Acompañando esto, se da un marcado cambio en la recepción del público lector que hoy celebra un intimismo que antes no tenía demasiado en cuenta.

Tras lo dicho, se entiende que la manera en que *Derrumbe* y *Era el cielo* son colocados en el mercado por sus autores tiene que ser tratada más en detalle. Debe decirse entonces que especialmente en el caso de Guebel fue notoria la utilización de toda la parafernalia de presentaciones y reportajes que rodean la publicación de una novela para desambiguar un texto que utilizaba lo ambiguo como procedimiento artístico dando a entender que, en realidad, todo eso había sucedido (Giordano 2008: 9).

La escritura, en consecuencia, es un arma que permite un ajuste de cuentas con el divorcio reciente. El texto literario sienta posición sobre un conflicto real mientras se ampara en su estatuto ficcional y lo complementa con un modo de colocación en el mercado que, como un *boomerang*, lo devolverá a la pareja-centro del conflicto potenciado por el favor del *ágora* hacia la postura del escritor.

Todavía no hay un texto de Guebel posterior a *Derrumbe*, pero la sensación de ajuste de cuentas que dejan estos textos parece confirmarse si se repara en que Bizzio vuelve en su última novela, irónicamente titulada *Realidad*, a una literatura que propone una continua sucesión de curiosas peripecias en la que una célula de terroristas islámicos confronta con los finalistas de Gran Hermano durante la toma de un canal de televisión. Dicho lo que debía decirse —se podría, a la vez, decir— el cultivo de las “escrituras del yo” parece clausurarse para este escritor, que retoma una escritura prolífica e imaginativa.

Como sea, los posibles orígenes de *Era el cielo* y *Derrumbe*, analizados los textos de acuerdo a la hipótesis avanzada al comienzo, están lejos de agotarse en la idea de un ajuste de cuentas disimulado bajo un manto ficcional.

Se mencionó al comienzo a *Operación Masacre* como paradigma de texto que desmonta todo dispositivo ficcional —frente a estos otros que utilizan la ficción como paraguas— justamente porque debe lidiar con hechos verdaderos y decir una verdad que el Estado mantiene oculta. Incluso, el título de este trabajo juega, como puede verse, con el del estudio de Ana María Amar Sánchez sobre Walsh —*el relato de los hechos*— que sintetiza en el oxímoron el proyecto narrativo de Walsh pero también, anticipadamente, el de las “escrituras del yo”: valerse de procedimientos literarios para narrar sucesos acaecidos en la realidad.

Colocar bajo una única fórmula a las “escrituras del yo” y a *Operación Masacre* no es, contra lo que pueda pensarse, exagerado. Ante todo porque el texto de Walsh es también un pionero del giro subjetivo que narra cómo ciertas estructuras determinan un Estado criminal sin correr nunca del primer plano la subjetividad de las personas, como él las llama, que van a ser fusiladas. Por otro lado, como se viene diciendo, todos estos textos se ocupan de narrar núcleos de hechos verdaderos dispuestos literariamente. Y si para buscar la verdad Walsh necesitaba, por la índole de su enemigo y el desconocimiento de sus lectores, deshacerse de la ficción porque ésta hubiera opacado esa verdad, el que Guebel y Bizzio preserven el estatuto ficcional no quita que haya también en sus textos –sí que en un plano íntimo– una búsqueda de la autenticidad de lo vivido. Una verdad de peso público debe aparecer tan despojada de ficción como envuelta en la ficción una verdad íntima que puede rozar a quien escribe. No todas las verdades son cuestión de Estado.

A la zaga del mentado ajuste de cuentas pero con un peso para nada irrisorio en el conjunto, los textos repasan las experiencias vividas en un ejercicio simultáneo de rescate y descarte. La autenticidad así buscada parece residir, finalmente, en la superviviente relación de los narradores con sus hijos, cuya solitaria y previsible emergencia dice mucho sobre relaciones de pareja desgastadas. En el caso de Guebel, coincide el enaltecimiento textual de su hija Ana con alguno de sus dichos durante la mencionada etapa publicitaria de la novela, cuando decía: “lo escribí para qué, en caso de no estar vivo, mi hija sepa dentro de quince años qué pensaba su padre” (Giordano 2008: 9).

Esto que se ha denominado pomposamente acá “ejercicio de búsqueda de la autenticidad de lo vivido”, y que indudablemente está presente en las novelas tratadas, puede obedecer a dos orígenes diversos: uno de ellos, las eleva. En este mundo contemporáneo en que se pretende coronar –si no se ha coronado ya – la idea de que “todo se conoce y se sabe” y donde los espacios “públicos” virtuales se multiplican, volver sobre lo íntimo puede interpretarse como el regreso a un cubículo de verdad, como un gesto de desconfianza hacia lo que se pretende vender o mostrar como lo real. En suma, como un gesto de lucidez intelectual.

Aunque cueste considerar en estos términos a los textos de Guebel y Bizzio por todo lo escrito sobre ellos más arriba sí parecen términos adecuados para aproximarse a *Historia del llanto* de Pauls, el texto que, al decir de Giordano completa –hasta ahora– las “escrituras del yo”.

Si este primer origen posible de la búsqueda de autenticidad de los textos los eleva, el otro por el contrario, los derriba: por sus propias características ¿cómo evitar la tentación de vincular ciertas zonas de las “escrituras del yo” con la literatura de diván? “Usted que puede, mi amigo, vaya y escríbalo”. Una literatura inducida. Casi se puede escuchar al licenciado poniéndolos a trabajar. Y así como Julio Cortázar sólo pudo perder su aversión a los bombones después de haber escrito “Circe”, ciertos escritores de hoy –podría pensarse– necesitan narrar la declinación y caída de sus matrimonios para dar vuelta partes de sus vidas como si fueran páginas.

El que las “escrituras del yo” generen tensiones con su estatus genérico si se las lee en el vértice de lo literario y lo social, no es un hecho aislado sino que se repite en los textos que por su pretensión de verdad sí participan en sentido estricto del giro autobiográfico.

Es lo que ocurre con *Banco a la sombra* de María Moreno, que si se limita a lo formal conforma un conjunto de crónicas, aunque ella se ha ocupado de aclarar que es el menos autobiográfico de sus textos. La tristeza que padeció en la plaza San Marcos mientras las palomas le arrebataban un *panino* se deshilacha entonces al conocerse, a través de Daniel Link, que Moreno nunca estuvo en Venecia, una novedad que dispara la ironía de Nora Avaro, que ha trabajado sobre ese texto: “¿habrá estado María Moreno en la Plaza Miserere, en la Plaza Dorrego?” (Giordano 2008: 91).

De manera que Avaro se aviene con rigor profesional a considerar el texto bajo la forma en que se ha querido presentarlo, pero también registra con cierta

incomodidad la imposición sin mediaciones de la verdad genérica, como refrenda en el final de su texto crítico: “ya sé, no me digan, todo es ficción, pero ¿cuántas otras verdades sabe Daniel Link?” (Giordano 2008: 91).

A partir de acá pueden esbozarse algunas conclusiones. Desde los años ochenta, mientras el giro subjetivo en la ficción no dejaba de avanzar, la crítica se internó en un proceso de profesionalización que produjo un efecto inverso: la subjetividad del crítico, tal como se la entiende en el género ensayo, se ahogó en una especialización radical que llegó, en términos de Giordano, a fetichizar lo específico (Giordano 2005: 252). Los lectores de la crítica así entendida sólo pueden ser, como señalaba con preocupación Beatriz Sarlo ya en 1984, “nuestros propios colegas” (Sarlo 1984: 4).

Pero al profesionalizarse la crítica genera conceptos y herramientas de trabajo que ahora le son propios. Toda dependencia respecto de la Historia, todo biografismo ha sido eliminado en ese proceso. Vaya a saber qué cosa se habría obtenido si para estudiar estas novelas donde los autores involucran empecinadamente su biografía sólo se hubiera contado con una crítica ya de por sí biografista.

Los géneros son herramientas de la crítica y no se conoce oficio alguno que destruya sus propias herramientas. En el análisis de las “escrituras del yo”, entonces, debe respetarse su estatus ficcional, tal como recomendaba la cita de Sarlo del comienzo y tal como –citada más hacia el final de este trabajo – hacía Nora Avaro permitiéndose un guiño hacia los malabarismos de semáforo que a veces practican los escritores con los géneros. “Pacto de lectura”, al fin de cuentas, también es un concepto de la crítica especializada.

Establecida la importancia de respetar el estatus genérico de los textos, se propondrá acá nuevamente la hipótesis del comienzo: las “escrituras del yo”, cuando se sabe que laten en ellas conflictos extraliterarios, no deben tratarse desde una postura que sólo contemple la autonomía literaria sino desde el cruce de lo literario y lo social. Como se vio, los textos de Bizzio y Guebel presentan aspectos literarios, sentimentales y editoriales que se complementan y ninguno de ellos es prescindible a la hora del análisis.

Se trata en suma de reverdecer la vigilancia epistemológica que plantea Pierre Bourdieu (Bourdieu y otros 1990: 112) para no perder de vista la adecuación que las armas de la crítica van mostrando frente a una literatura que a veces pone a prueba, y lo sabe, sus límites. Tal es el caso de las “escrituras del yo”, novedosos textos que aunque de ninguna manera representan un agotamiento de la experiencia, como alguna vez se planteó, sí señalarían, en caso de proliferar, un fuerte retroceso de la imaginación.

Bibliografía:

Primaria:

Bizzio, Sergio (2007). *Era el cielo*, Buenos aires, Interzona.

Guebel, Daniel (2007). *Derrumbe*, Buenos Aires, Mondadori.

Secundaria:

Bourdieu, Pierre., Jean-Claude Passeron, Jean-Claude Chamboderon (1990) *El oficio del sociólogo*, México, Siglo XXI.

Giordano, Alberto (2008). *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Buenos Aires, Mansalva

_____, (2006). *Una posibilidad de vida*. Escrituras íntimas, Rosario, Beatriz Viterbo

_____, (2005). *Modos del ensayo*. De Borges a Piglia, Rosario, Beatriz Viterbo

Sarlo, Beatriz (1984) "La crítica: entre la literatura y el público". *Espacios*, Nº1. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras; pp. 6-11.